Festivales en España: la música también veranea

Es muy posible que la aseveración aventurada a modo de subtítulo sea asimismo cierta para la gran mayoría de los demás países europeos. Pero en España, a la que voy a circunscribir este artículo, se me antoja más notoria. Aludo, para ser más claro, a ese fenómeno poco justificable que consiste en que tan pronto se llega a los aledaños del verano se produce en nuestro territorio, con carácter general, una disminución drástica de la oferta de música culta. En muchos lugares, hasta se cierran las «tiendas». Así sucede, sin ir más lejos, con el Auditorio Nacional de Madrid, que echa los candados a cal y canto durante julio y agosto.

Soy lo bastante viejo como para poder dar testimonio directo de cómo los veranos españoles se convertían en auténticos páramos en lo que a poder disfrutar de audiciones musicales se refiere. Hablo de la década de los años cuarenta, y aun de las dos siguientes, con las excepciones a que luego aludiré. Es cierto que tampoco en el resto de las estaciones estaban nuestras ciudades por aquellas calendas civilizadamente abastecidas en lo que a alimento musical atañe, pero heroicos esfuerzos de ciertas beneméritas sociedades o asociaciones filarmónicas conseguían sacar los inviernos de algunas de ellas de situaciones tercermundistas.

El movimiento dirigido a dotar a las etapas veraniegas de algunos focos en los que poder, siquiera con viaje de por medio, satisfacer aficiones musicales que no saben de vacaciones, tuvo en nuestro país una clarísima pionera: la «Quincena Musical Donostiarra» de San Sebastián. En efecto, desde el mismo año de 1939 en que terminó nuestra guerra civil, la «Quincena» ha venido un verano sí y otro también –con uno solo en blanco– convocando a propios y extraños. Su condición de «adelantada» no puede discutírsele. Luego, hasta pasados trece años, o sea hasta 1952, no surgen los otros dos festivales –éstos denominados ya así– que merecen atención retrospectiva: el de Granada y el de Santander. Verdad es que en el también lejano 1962 iniciaron su andadura otras dos pruebas, las «Semanas de Música Religiosa» de Cuenca y el Festival de Barcelona; pero, otoñal éste y de Semana Santa aquélla, se salen en rigor de los límites veraniegos dentro de los que quiero mantenerme en este trabajo.

En todo caso, sí resulta de justicia poner a todos los eventos mencionados nombres y apellidos. Porque su puesta en marcha se debe en buenísima parte a los esfuerzos generosos e ilusionados de personas muy concretas y determinadas: Francisco Ferrer en San Sebastián; Antonio Gallego Burín y Antonio de las Heras en Granada; Ataúlfo Argenta y Manuel Riancho en Santander; Manuel Capdevila en Barcelona y Eugenio López y Antonio Iglesias en Cuenca. En cualquier caso, debe insistirse en que las motivaciones que empujaron estos nacimientos no fueron de la misma naturaleza de las que hicieron surgir, en su momento, los festivales de Salzburgo, Bayreuth o Prades, por citar unos ejemplos señeros. Entre nosotros no se perseguía honrar el nombre y la obra de un compositor o un intérprete en el que había sido su ámbito vital, sino proporcionar alguna música en vivo que mereciera la pena en lugares y en época en los que se pudiera paliar, con las mayores audiencias posibles, la falta casi absoluta de ella.

★ ★ ★

Ha llovido mucho, no ya desde la aparición en 1939 de la «Quincena Donostiarra», sino también desde el momento, 1962, en que fueron creadas las muestras de Cuenca y Barcelona. Y, claro es, en tan amplios lapsos se han sucedido vaivenes de todo tipo en las cinco pruebas de arranque. Y nacimientos de otras. Y desapariciones de algunas. Las que de esas cinco primeras nacieron con intención ecléctica o polivalente (todas, excepto Cuenca) han sufrido muy importantes altibajos en la categoría y relevancia de sus programaciones, tras sendas fases iniciales de envidiable brillantez. Hasta el punto de que –centrándonos, insisto, en las citas veraniegas– tanto Granada como San Sebastián y Santander han pasado por momentos de peligro para la continuidad misma de sus concentraciones veraniegas. Y ello, con todo y ser miembros destacados de la muy prestigiosa Asociación Europea de Festivales de Música que crearon en enero de 1952 (recuérdese: el año en cuyo verano arrancaron los Festivales de Granada y Santander) Igor Markevitch y Denis de Rougemont, presidente de la Asociación éste último, por cierto, durante más de treinta años.

Pero no es el objetivo de este artículo el de pedir cuentas a gestores precedentes, ni el de subrayar fallos, ausencias o deficiencias en programaciones pretéritas, ni siquiera el de censurar la escasa atención general que merecieron durante muchos años nuestra música y nuestros músicos. Se trata sencillamente de ofrecer una panorámica de lo que son los principales festivales españoles en este verano de 1997, y de cómo nuestros aficionados –muchos de ellos viajando, como antes– pueden seguir satisfaciendo su afición en esa época. No subrayar fallos o deficiencias

pretéritas, decía. Más es. Antes de entrar en la relación de los festivales más destacados que enriquecen nuestro veraneo, es justo aclarar que las tres convocatorias llamémoslas históricas han superado en estos momentos cualquier bache precedente de los que genéricamente se ha hecho mención más arriba –tanto la «Quincena Donostiarra» como los Festivales de Granada y Santander, pero especialmente la primera–, y pueden pasar cualquier examen comparativo con excelencia o, al menos, con dignidad máxima. Lo que, como siempre, también se debe a personas concretas. De que en la «Quincena» se haga un ciclo de música del siglo XX, se atienda como es debido a la música y a los músicos españoles en general y vascos en particular, se den oportunidades a jóvenes intérpretes, se haya recuperado la ópera, se celebren sesiones de estudio y encuentros, etc., etc., «cúlpese» a José Antonio Echenique, su director. Como el vuelco que ha dado en un par de años en cuanto a orden e interés programador el languideciente Festival de Granada debe atribuirse a quien ahora lo dirige, Alfredo Aracil, y el pulso recobrado por el de Santander después de las no menos laguidecientes ediciones últimas de la Plaza Porticada y el inseguro comienzo en 1996 del Palacio de Festivales debe agradecerse a la por segunda vez decisiva mano de José Luis Ocejo.

★ ★ ★

Si nos decidimos por fin a pasar revista, aunque sea sin exhaustividad, a los festivales de música culta que se suceden en el trimestre julio/agosto/septiembre en nuestro país, nos encontramos con que es el de Granada el primero en orden cronológico: se abre el día 20 de junio y se clausura el 6 de julio. Llama un poco la atención en él, a primera vista, que apenas cuente para sus actividades el Auditorio Manuel de Falla, tan largamente esperado. Sus razones habrá, como asimismo existirán para incorporar a su ya inigualable panoplia de escenarios algún otro como la azotea del Palacio de Congresos. Pero vamos ya a la relación prometida:

Festival Internacional de Música y Danza de Granada (20 de junio a 7 de julio). De carácter multiforme, acopla esta cuadragésima sexta edición, subtitulada «Puntos de encuentro», hasta doce epígrafes distintos que van desde la música sinfónica del Palacio de Carlos V, con la Sinfónica de Hamburgo y el Orfeón Donostiarra, con Gómez Martínez y Sainz Alfaro, hasta las citas flamencas del Corral del Carbón, el Sacromonte o el Albaicín; desde la danza del Generalife y de la azotea mencionada antes, hasta los recitales de órgano; desde los cafés-concierto del teatrillo del Hotel Alhambra, con el piano de Rodrigo y de Ernesto Halffter, hasta los homenajes en Arrayanes a Cassadó y a Segovia. Sin

que falte tampoco la presencia de la música de nuestro tiempo, ni los estrenos absolutos (de Richard Strauss y Joan Guinjoan).

Verano Musical de Segovia (3 de julio a 4 de septiembre). Sucesor, en cierto modo, de las «Semanas» instituidas por la desaparecida Comisaría de la Música, y paralelo al Festival Joven de Música Clásica que se celebra bajo la misma batuta organizadora de la «Fundación Don Juan de Borbón» entre el 6 y el 30 de julio, ha llegado este verano a cotas tales en su oferta, que ni siquiera una mínima síntesis cabe ensayar de su prieto y variadísimo contenido. Baste decir que arranca con «negros espirituales» y se clausura con Palestrina, Victoria, del Encina y de Lasso; y que, en lo nuestro de hoy, hay estreno-encargo (de Jorge Fernández Guerra) y «retrato» artístico (de Mauricio Sotelo).

Festival del Castillo de Perelada (11 de julio a 20 de agosto). Llega este festival el presente año a su décimo-primera singladura; que también inclina su balanza cuantitativamente a lo escénico-musical: ópera *(El holandés errante* y *El rapto en el serrallo),* cantata escenificada *(El martirio de San Sebastián),* ballet *(Giselle)* y espectáculo vanguardista de Carlos Santos *(La pantera imperial).* Pero no sólo ésto. Hay también importantes ejemplos sinfónico-corales (la *Novena* y *Un requiem alemán)* y de cámara (Alicia de Larrocha y el Cuarteto de Tokio), así como recitales deslumbradores (Teresa Berganza, Kraus, Aragall y Rostropovich).

Festival Internacional de Música y Danza de Santander (1 de agosto a 2 de septiembre). De corte polivalente y ecléctico –en rigor como todos los aquí tratados–, insiste esta XLVI edición del Festival cántabro en ofrecer ópera (*La bohème,* con la Freni, y *El holandés errante,* ésta en coproducción con Perelada), previo algún retoque en un Palacio de Festivales poco apto hasta ahora para el género. Por lo demás, continúa la muy provechosa descentralización regional para la música de cámara y las «peligrosas» novedades, así como el enriquecimiento de la prueba con las actividades concordantes de la Fundación Albéniz y su Escuela Superior Reina Sofía. Hay profusa atención a los aniversarios (Schubert, Mendelssohn, Brahms, Donizetti, Bononcini, Leclair, Quantz, Mompou y Sorozábal); presencia de excelentes orquesta y maestros (nuestra Nacional, con Frühbeck; Nacional Polaca, con Wit, Concertgebouw, con Chailly, y la Scala, con Muti) y hasta un par de estrenos absolutos (Igoa y Sanz).

Quincena Musical Donostiarra de San Sebastián (8 de agosto a 1 de septiembre). Como no podría ser menos, el gran Orfeón Donostiarra, con su titular José Antonio Sainz Alfaro a la cabeza –presentes también ambos en todos los festivales hasta aquí reseñados–, son los protagonistas principales en este año de su centenario. Pudo escuchárseles en Cherubini, Verdi, Mendelssohn, Sorozábal y en un variado programa en

Anoeta. En otro orden de cosas, será suficiente afirmar que la gran labor renovadora, expansiva y planificadora de Echenique a que se ha hecho referencia en el cuerpo de este trabajo, continúa presente y bien presente. Ópera, música actual, con estrenos, jóvenes intérpretes y «encuentros», incluidos. Quizás deba subrayarse, por su originalidad, el ciclo que se dedica este año a «La música y la Compañía de Jesús en los siglos XVIII y XIX».

★ ★ ★

Cabría seguir con estas síntesis, pero ni ellas son posibles ya en un espacio que no es elástico. Recordemos en todo caso –y perdón por los que a buen seguro se quedan en el tintero– a los festivales de Torroella de Montgrí (28 de junio a 26 de agosto), al de Música Española de León (4 a 21 de julio), al Internacional de Música de Palencia (26 de julio a 14 de agosto), al Verano Musical de La Alta Ribagorda (julio y agosto) y, sobre todo, por más que la última semana de septiembre no sea ya verano, al Internacional de Música Contemporánea de Alicante, modelo en su género y prolífico en las doce ediciones que lleva de vida en el alumbramiento de nuevas partituras y nuevos nombres.

Leopoldo Hontañón

1918

8 de març – Com que hi ha tanta grippe, [illegible]
de clausurar l'Universitat. D'entre d'aquest fe[illegible]
germà i jo vivim a casa, a Palafrugell, amb [illegible]
lia. Som dos estudiants desavegats. El meu germà, [illegible]
afeccionat a jugar al foot-ball – malgrat haver-s'h[illegible]
un braç i una cama – el veig purament a les [illegible]
repàs. Ell fa la seva vida. [illegible]
tirant. No anyoro pas Barcelona i menys l'Uni[illegible]
vida de poble, amb els amics que hi tinc, ni aprec[illegible]
A l'hora dels postres, a dinar, apareixen a t[illegible]
gran plata de vorma vermada i un pa de pessic[illegible]
llonjo, daurat, amb un polsim de mare-ingravid[illegible]
mare em diu:
– Ja saps que avui fas vint-i-un anys?
I en efecte: seria absurd de discutir-ho: avui em[illegible]
un anys. Sono una ullada circular. El meu p[illegible]
silenci, en un estat de perfecta normalitat.
mare no sembla pas estar tan nerviosa com sol[illegible]
ment estar. Com que en aquest país vorvés es e[illegible]
ents, la presència del pa de pessic i de la vor[illegible]
un malfiar. Em pregunto si han estat elaborats
calment el meu aniversari o per recordar-me que
els primers anys es absolutament negatiu, franca[illegible]
quest retol – penso – es tan natural! Tenir fills
incognita, de nebulosa, ha d'ésser molt des[illegible]
una frivolitat, però, es tan gran, que ni el
consciencia plantejat per les llaminadures es
itar que trobi el pa de pessic saborosíssim i
teralment exquisida. Quan m'en vareixo m[illegible]
s'aumenta d'una manera visible. ¡Vint-i-
la família! Cosa curiosa i complicada...
A mitja tarda es posa a plovre – una pluja f[illegible]
menuda, pausada. No fa gens d'aire. El cel, es[illegible]
ents caure la pluja sobre la terra i els arbres
una feina sorda i llunyana – com la [illegible]
[illegible] pluja de març, fre[illegible]
mesura que va caient la tarda, el cel, de[illegible]
va d'un blanc de gasa – lívid, irreal. [illegible]
sant sobre els teulats, hi ha un silenci espès, [illegible]

Manuscrito de *El quadern gris* de Josep Pla